

# ON THE ROAD

Francisco Miguel Cubero Lorón



# Capítulo 1

## On the road

"¿Qué desea el señor?", preguntó la camarera.

"Un cortado, por favor", respondí, prendido a la forma de su boca que le habrían acabado de dibujar, tan perfecta. La miré a los ojos y, ella, desvió la mirada para huir de mi insistencia al hacerlo, ya que competían con la atracción primera que su boca me acababa de provocar.

"¿Eres nueva aquí, no...? Porque he entrado varias veces en este parador, y no te había visto nunca. ¿Cómo te llamas, si no es mucho meterme en tu vida?", seguí preguntando para saber más de esa mujer que me resultaba tan atractiva.

"Sí, nueva, sólo llevo cuatro meses, así que no es de extrañar que no me tenga vista. Lucía. Me llamo, Lucía. Y no, no me importa que se metan en mi vida, si lo hacen con educación, como Vd. Porque pasa cada uno por aquí...", contestó con una mueca de sonrisa que debió de ser para mí y, otra de hastío, que debía de ser para esos otros que también pasaban por allí.

"¿Qué ocurre, que te tratan mal, o qué?", le dije.

"No..., no, en general. Sólo que, a veces, siempre hay alguno que se cree que con el precio de la consumición estoy también yo incluida y, no siempre, sus gracias, ni sus miradas... me gustan. Mi jefe dice que sí, que me comprende pero que no sea muy brusca cuando les tenga que parar los pies a tipos como esos, que dependemos de que vuelvan otro día porque son gente que pasan por esta carretera muy a menudo. Que..., tenga mano izquierda, me pide", explicó Lucía.

"Y tú... ¿qué tal mano izquierda tienes...?", intrigado con la belleza de quien me estaba contando esas cosas, sin conocerme.

"Pues, hace dos días, como tenía la mano izquierda resentida por un golpe que me di cambiando el bidón de la cerveza, tuve que utilizar la derecha... y mandé a uno, a la mierda. No es que me violara, pero al cobrarle las cinco cañas seguidas que se había tomado, me cogió la mano con la que recibí su billete de 20€, y lo mandé a ese sitio sin pensármelo dos veces. Menos mal que se excusó, a su modo, diciéndome que era una broma. Y no pasó nada más. Y tal cual, y en zigzag..., se fue hacia el furgón que conducía. Mi jefe, muy comprensivo, me reprendió diciéndome que no estaba trabajando en Buckingham Palace", dijo Lucía mirándome

de soslayo con ironía, para ver qué cara ponía yo. Así que le dije:

"¿Y qué le respondiste?"

"Que ya lo había notado en la primera nómina que me había pagado. No me dijo nada más, y se marchó murmurando no sé qué. Le jode, pero sabe que tengo razón", me dijo Lucía con una sonrisa de victoria. Enseguida, la sonrisa se desvaneció porque sabía que no podría abusar de su buena suerte, para todas las ocasiones similares a aquélla.

Parador..., parador..., no parecía el local ése, aunque así lo anunciara el luminoso que se veía al llegar: "Parador Rey Alfonso". Sólo era un bar amplio y antiguo, con pretensiones. Tal vez, en los años 70, cuando lo inaugurasen disfrazado de salón medieval, con falsas vigas de madera y lámparas circulares de forja, llenas de velas eléctricas que funcionarían todas a la vez en sus buenos tiempos, llamara la atención de los turistas que evitaban las playas para ver el interior del país, en un itinerario catedralicio que les merecía más la pena.

Pero ahora, no. Resultaba tristón a esas horas de la tarde, cuando ya el sol declinaba a lo lejos, tras los ventanales, y ya no iban quedando más que unos pocos clientes en la barra, o sentados en las mesas. El resto del local, estaba vacío y medio iluminado por la velas de pega que aún se mantenían con vida. Tres máquinas tragaperras, competían regularmente con sus musiquillas, para que algún cliente probara fortuna en ellas. El atardecer de los domingos, ya se sabe, no son horas ni para los viajeros de placer, ni los camioneros, ni representantes de comercio, que son los que llenarían ese local entresemana, habitualmente. Dos teles distanciadas una de otra y colgadas de las paredes estucadas que en otro tiempo serían blancas, mostraban un partido de fútbol que sólo dos o tres clientes, lo seguían.

Había cansancio y dejadez, en el ambiente.

"¿A qué hora cerráis?", pregunté a Lucía que iba recogiendo cosas del mostrador.

"Cuando se puede", dijo en tono como contrariado por hacerle una pregunta absurda, como si aquello fuera una zapatería donde a las 8 de la tarde, se baja la persiana. "Aquí no hay hora, señor. Aprovechamos que se va el último cliente, y cerramos. Oficialmente, a las 10 de la noche. Y después, toca dejar todo recogido para abrir a las 7 de la mañana. Qué ganas tengo de que llegue el martes, que es mi día festivo. Festivo..., aquí, quiero decir. En mi casa..., no", aclaró para que no me llevara a engaño sobre sus tiempos de descanso.

"¿Vives lejos? Ah..., perdón: si te interrumpo en tu trabajo, paro de

hablar, que no me daba cuenta", me excusé.

"Nada, tranquilo, que me viene bien hablar con personas como Vd. que parecen que escuchan cuando les hablo. No es fácil en estos sitios donde la mayoría de los clientes son de paso. Y los que repiten..., pues tampoco son muy dados a escuchar. Si van un poco tocados, hablan y hablan... contándote su vida, bueno, sus miserias, más bien y, ni yo, ni las mías, les importan un comino. O vienen directamente a decirte que si cuando cierre, que si quiero echar un polvo en la cabina del camión. O en el coche. Unos me ofrecen dinero y, otros..., sólo por el atractivo de sus ojos vidriosos y el aliento a Fundador. Así que la contención que me pide mi jefe con ellos..., pues que no puede ser. Afortunadamente, estos, son minoría. Pero vamos, que conversaciones interesantes..., pocas. Y personas que lo sean también..., pues pocas igualmente. Mire qué panorama", dijo sin parar con lo que estaba haciendo. Y siguió:

"Y, no, no vivo lejos: aquí, en San Martín del Río, este pueblo que está a 6 kms. del parador, en esta misma carretera. Suerte de esto porque, por estas tierras, no hay mucho en donde encontrar un trabajo estable. Esto está mal pagado..., pero es estable. Para la temporada de la fresa, en la primavera, es cuando me cojo las vacaciones y así, puedo sacarme un jornal adicional recogiénolas, ya que no tengo pagas extras", terminó Lucía.

"¿Te obligan a tratarme "de Vd.", o es sólo porque me ves muy mayor?", le pregunté. Me estaba gustando ese desdén con el que hablaba de esos que la asediaban sin estilo. Ella se sonrió, conteniéndose.

"No, no me obligan. Sólo que Vd., bueno, que tú, no sé por qué, me impones un poco de respeto. Pero me gusta más el tú, si lo prefieres", y al decírmelo, me aguantó la mirada.

"Será por mi edad, lo del respeto que te causo, quizás... ¿no?", le dije.

"No..., tu edad... me da seguridad. Y no tienes tanta edad, así que no te las des de maduro interesante", dijo Lucía, sonriendo maliciosa.

"¿Interesante...? ¿Qué quiere decir eso, que tan bien me suena? No me gustaría hacerme ilusiones por un malentendido", le dije sintiendo una aceleración de mi corazón al oír su adjetivo. Lo de maduro..., también estaba bien en ese contexto.

"Interesante: que es digno de interés, dice el diccionario de la lengua. Al menos, eso decía cuando yo estudiaba. Desde entonces, discrimino lo que es interesante, de lo que no lo es", dijo Lucía mostrando la patita de su enigma, por debajo de su puerta.

"¿Y qué edad crees que tengo, para que te sientas segura con ella?", insistí para no bajarme de lo que parecía el camino bueno.

"No sé..., estás bien conservado y ese pelo canoso te queda bien..., pero tu mirada es... sabia. Va, me voy a aventurar: algo más de 50 años, ¿no?. Con vosotros..., da menos miedo equivocarse. Si fueras una mujer..., le restaría... 7 años a tu apariencia y te habría dicho que... unos 43 años", y se echó a reír por esa susceptibilidad femenina sobre las edades.

"Pues sí, has acertado: 53 años cumplí en enero. Ya veo que no estoy tan bien conservado porque de ser así, te habría parecido con alguno menos. Pero no está mal eso de aparentar lo que se es.

Ahora, me toca a mí, hacer de adivino contigo, si me lo permites", le dije.

"Vale, me gusta la magia: adivíname", y mientras me ponía ese reto, añadía sobre la barra un par de vasos altos entre ella y yo, y los llenó de ron con Coca-Cola.

"Cortesía de la casa. Lo hacemos para fidelizar a nuestros clientes", y mientras iba añadiendo el ron, no dejó de mirarme a los ojos sin derramar ni una gota. Se le notaba mucha habilidad, mirando.

"Lucía, estando tú ahí donde estás, tu jefe tiene asegurados a sus clientes. Así que se podría ahorrar los cubalibres". Ella, se rió.

"¿No ibas a adivinarme...?", me preguntó cuando su risa quedó en sonrisa pícaro.

"Vale, me arriesgo. A ver..., a ver..., edad... yo diría que... si restamos 7 años, según tu norma, deberías de tener... 29 años. Estás separada..., vives sola, sin pareja..., fija, quiero decir..., y tienes una niña..., sí, niña te pega más, de unos 6 años que dejas en casa de alguna vecina con la que te llevas muy bien, mientras tú estás aquí, ganando algo de dinero para salir adelante. Esto son, las deducciones. Y lo evidente es, que eres guapa..., hermosos ojos..., buen cuerpo, y algo indómita en tu carácter. Pero el resto del día eres buena persona, y mejor madre. Y que has tenido pocas experiencias buenas con los hombres. Eso es lo que los astros me están diciendo de ti", y señalé en la barra, indicando unos naipes de tarot, inexistentes. Lucía, me miró seria unos momentos y, al poco, me sonrió.

"¿Cómo te llamas, que aún no me lo has dicho?", me preguntó.

"Ah..., que pensaba que lo habrías adivinado junto con mi edad. Marco.

Me llamo, Marco", le respondí.

"Pues... Marco..., no has dado ni una. Vaya birria de adivino. Tengo 25 años, estoy casada, felizmente casada con un hombre que me adora. Tengo tres niños varones, porque dos son gemelos y me casé con 18 años. En mi tierra, sería ya vieja para ser madre. Mi marido es un importante empresario que me da todos los caprichos que quiero; y si trabajo aquí, es porque me gusta conocer gente. ¿Has visto un Volvo aparcado a la entrada, nuevecito y grande...? Pues es el mío. Y si pasas por San Martín del Río, cuando te vayas, verás un chalet de dos plantas, con un jardín alrededor: esa es mi casa. Lo que pasa es..., que no me doy importancia", y al terminar, me miró retándome, como diciendo: "y ahora..., ¿qué, eh...?". Yo, me quedé sorprendido y con la sensación de haber metido la pata con ella. Lucía, ahora, se sonreía.

"M...me estás vacilando..., ¿no...?", le pregunté dudando entre mi versión, y la suya.

Ahí, ya, Lucía, soltó una carcajada que no pudo reprimir más, y dijo:

"¡Sí, sí...!, claro que te estoy tomando el pelo..., qué más me gustaría a mí que tener una vida así. Aquí iba a estar yo, en este parador tan cutre, aguantando pelmazos beodos...", y siguió riéndose a mi costa, sin que pudiera decirme nada más. Algún efecto, también le debía de estar haciendo su cubalibre casi acabado.

"¡Qué cabrona..., qué cabrona...!", sólo le decía yo, un poco avergonzado por haberme medio creído semejante historia, que se salía de todo sentido común. Ella, paró de reírse, tapándose la boca, y pudo hablar un poco:

"Ay..., Marco..., Marco..., que buen rato me has hecho pasar a costa de esta mierda de vida que llevo. Porque sí, realmente, has acertado prácticamente en todo: ¿tanto se me nota? La niña, porque es niña, tiene 8 años y yo, 31. El padre..., pues fue sólo la alegría de una noche de fiesta, así que ni sabe que tiene esta hija. Y sí, yo, sola. ¿Pretendientes...? más de los que yo quisiera pero, sin comprometerse. Y los que sí se comprometerían..., que son los solterones de la zona..., pues o están todos para el desguace, o no saben cómo tratar a una mujer. Y también tienes razón en que tengo mala hostia en según qué momentos. Aunque con mi hija..., me deshago por ella, para que tenga una vida mejor que la mía. Por ella tiro para adelante: hoy, aquí, y, mañana..., donde haga falta.

Así que te voy a dar una muy buena nota en adivinanzas. ¿Contento?", me dijo. Esa puntualización de "en adivinanzas", la noté como una punzada porque sentí como que me estaba retando a que le demostrara en qué más cosas podría sacar buena nota, ante sus ojos de mujer. Y eso,

me desbarataba por dentro.

"¿A qué hora vas a salir hoy?", le pregunté sin pensármelo dos veces.

"¿Para qué lo quieres saber?", dijo ella, sonriendo. Esa sonrisa, jugueteando entre sus palabras, me gustaba cada vez más.

"Pues..., para seguir esta conversación en otro sitio. Igual, podríamos buscar un restaurante que se cene bien y que no esté muy lejos. ¿Quieres...? Bueno, si puedes, claro. También tu hija te estará esperando. Pero ahora que me has enseñado el primer capítulo de tu vida, querría ir leyendo los siguientes. Y si puedo escribir algo, yo, en el último que lleves empezado..., pues querría aportar mi granito de arena a tu vida. En principio..., sólo es porque me gustas mucho. Aunque no tengas tanta mala hostia como dices", terminé de decirle sin más rodeos.

"¿No te espera nadie, en ninguna parte?". Esta pregunta suya, era el inicio de un sí. Y tal vez deseaba que nadie me esperara en ningún sitio. Que no hubiera una rival con más fuerza que ella, y que eliminara cualquier posibilidad de algo aún por definir. Un algo, sí había comenzado a tejerse entre Lucía y yo, a través de lo poco que habíamos hablado. Pero, claro, no siempre hace falta hablar, para sentir.

"Ah..., no..., no... no. Ahora es a ti a quien le toca adivinarme. Así que hazme una radiografía sobre quién soy yo, y encuentra tú misma la respuesta a tu pregunta. Prometo no tomarte el pelo, como has hecho tú, y te diré si has acertado o no", le dije. El corazón se me iba animando a medida que notaba ese inicio de complicidad entre los dos.

"Vale. Y si me confirmas que no tienes prisa por marcharte..., aceptaré seguir la conversación en otro sitio que no sea éste. Ese sitio, podría ser un restaurante que está abierto hasta muy tarde. Hay que ir a Carloforte, que está a 18 kms. de aquí, si no te importa. Más cerca, solo hay bares, y peor que éste. Además, siendo domingo, no habrá mucha gente. Así que podremos hablar con tranquilidad.

A ver si se van pronto estos clientes, y puedo cerrar a la hora. Lo de limpiar..., ya me vendría antes, mañana. Y tengo que llamar a mi amiga, para decirle que se quede mi hija a dormir en su casa. Le contaré la verdad y como tiene una niña de la misma edad, pues Iris, mi hija, encantada". Se notaba que estaba deseando que le cuadrara todo y salirse de su rutina, por una noche.

"Aún te falta, adivinarme. Pero deberás incluir en el acertijo, lo de si me espera alguien..., o no", le advertí al pretender ella iniciar el juego rebajando algo de dificultad.

"De acuerdo, pero jugaremos a eso después de la publicidad, cuando estemos ya en la mesa, tomándonos algo que nos guste. Ahora, debo seguir trabajando un poco hasta que cierre, y me avanzo el trabajo de mañana. Me hubiera gustado haberme ido a casa, a arreglarme un poco y darme una ducha. Pero todo, no va a poder ser, supongo.

Ahora, si tienes que ir a algún sitio, pues vuelve sobre las 10, que creo habré podido terminar. O si quieres, puedes esperar sentado en una de esas mesas y ves la tele, o lees, o haces lo que creas conveniente.

Aunque no te haya dicho lo de que si deseo ir, o no, a charlar contigo..., pues que sí, que lo deseo", me dijo. Sus ojos negros, aún me dijeron más cosas.

"Vale. Como estoy notando que necesito que me dé un poco el aire y se me relaje un poco el ánimo, casi que me voy a acercarme hasta Carloforte, veo el restaurante ése en donde podríamos cenar y si me gusta, reservaré mesa aunque no sea necesario. Así, hago tiempo hasta que te pase a buscar a las 10. Procura no tardar mucho más, que las noches no son tan largas como dicen. Te voy a hacer una llamada perdida a tu móvil, para que nos podamos comunicar si fuera necesario. Dime tu número, anda", le dije en tono indiferente, como no dando mucha importancia a lo que deseaba que pudiera pasar a partir de ese momento. Lucía, me dio su número de móvil, y le hice la llamada.

"Saldré a las 10, ya lo verás. Hablo con mi compañera, la de la cocina, y ella me ayudará para que me pueda salir a tiempo. Espero no me lo joda algún muermo de estos que siguen con el fútbol. Yo también lo he hecho por ella, alguna vez. Si voy a guardar tu número entre mis contactos, me gustaría saber cuál es tu apellido, si no es un secreto", me dijo con ironía, ya que ella me había contado sus cosas pero, yo, apenas le había contado nada.

"Ah..., claro, perdona: Vittorio, Marco Vittorio, escrito con dos tes. Es que mi padre es italiano. Digo "es", porque todavía vive. Mi madre no, que es española. Y también vive", le aclaré, no sé porqué.

"Los italianos llevan fama de conquistadores, ¿no...? ¿No serás tú, uno de esos?", me dijo Lucía con picardía, insinuándome con ello que sí le apetecía que lo fuera.

"No, en mi caso, como mucho..., sólo podría ser medio conquistador, así que siempre me he tenido que esforzar para eso, más que italianos. De modo que, también por eso, únicamente he conseguido ligar con la mitad de las mujeres a las que he tratado de conquistar. En mi vida, todo ha ido, por mitades", y me reí al decir esa tontada. Lucía, también se rió. Cómo me estaba gustando el sonido de su risa. Yo creo que la tenía ya,

medio en el bote. Y ella... ¿cuánto dentro de su bote me tendría a mí?

"Ya..., ya...", dijo mirándome de reojo para ponerse más atractiva.

"Bueno, niña: me voy a ver mundo hasta Carloforte. Luego paso a buscarte. Pórtate bien hasta entonces, ¿eh...?". Me bebí de un trago lo que quedaba de mi cubalibre y, sin miedo a los controles del alcoholemia, me despedí de ella levantando la mano sin volverme, mientras salía del parador.

Conducía con algo de sopor por lo bebido aunque, afortunadamente, la carretera iba casi vacía. Atravesé un par de pueblos sin signos de vida y, al poco, llegué hasta mi destino. No tuve que preguntar por el restaurante porque se veía desde la carretera. Varios coches aparcados a la entrada, indicaban que estaría habitado su interior. Al otro lado de la carretera, frente a él, las luces de una gasolinera, animaba el conjunto exterior evitando la sensación de soledad que los domingos, al atardecer, producen.

El sitio estaba bien, limpio, había varias mesas vacías pero el resto, estaban ocupadas por parejas o grupos que se habían juntado para despedir el fin de semana. Pedí una cerveza en la barra y le pregunté al camarero si haría falta reservar mesa y que me mostrara la carta, para cenar dentro de un rato.

Me puso la cerveza y me dijo que no sería necesaria la reserva, porque había mesas libres.

En un vistazo rápido, y sobre el papel, se veía bien todo lo que ofrecían para cenar.

"La lubina, me dicen en cocina que se ha acabado. Podremos ponerles en su lugar, dorada, si se decantan por el pescado", dijo el camarero, atento a satisfacerme para que nos decidiéramos a venir a cenar. Me hablaba en plural, porque le había dicho que seríamos dos personas. Me ofreció el periódico, por si quería distraerme con las noticias, mientras me tomaba la cerveza. Por hacer tiempo, me puse a ojearlo, mientras saboreaba la bebida e iba comiendo maíz frito que me había puesto de acompañamiento.

"¡Mamen..., Mamen..., que me tienes que ayudar, Cariño...!", entró Lucía suplicante y sonriente, en la cocina del parador.

"¿Qué te pasa?", le contestó la que estaba en la cocina, ya recogida de vajilla sucia, y que sólo estaba dedicándose a la limpieza de los fogones y armarios.

"Que me tienes que hacer un favor, porfi: que he conocido a un hombre muy apuesto hace un rato, no veas cómo está, y eso que ya no es un crío..., y que me va a invitar a cenar, ahí, en Carloforte. Me viene a buscar a las 10, y mira cómo voy. Que me querría darme una duchita, al menos, ¿eh, Cari...?, y que me atiendas tú la barra, que no hay casi nadie ya, ni creo que entre nadie. En diez minutos, lista, ya lo verás", le dijo Lucía hablando con la rapidez de quien anuncia que el fin del mundo ya está aquí.

"¿Diez minutos, sólo...? ¿Otro hombre guapo...? Y claro, será atractivo..., y todo un caballero, como si lo viera..., y educado, y sin los ojos vidriosos, como nuestros habituales, ¿a que sí? Ay... Lucíita, que loquita está esa cabecita tuya que tanto me gusta", le dijo Mamen, mirándola de medio lado, como la que ve por enésima vez la misma película.

"Porfi..., porfi..., porfi..., Mamencita..., sólo atiéndeme la barra y, tú, a las 10, te vas. Ya madrugaré yo por la mañana y dejaré todo limpio. ¿Le vas a hacer ese favorcito a tu amor...?", le suplicó con un falso mohín, porque Lucía sabía de sobras que Mamen no le negaba nada.

"Anda..., anda..., claro que te haré este favor, ya que no puedo hacerte otros. Vete tranquila. Pero mañana, a las 7, esto..., tiene que estar todo recogido, no sea que venga el jefe, y nos ponga de patitas en la calle a las dos, por culpa de tu nuevo amor. Qué tonta soy, por Dios...", acabó Mamen concediéndole lo que quería. Lucía le dio un abrazo, separó un poco su cara de la de Mamen, y le dio un besito chiquito en los labios.

"Gracias, Mamen: te debo, una", le dijo Lucía marchándose ya hacia donde tenían un servicio con ducha.

"¡No: me debes ya, cien, que lo sepas...!", le recordó su compañera pero, ya, Lucía, no oía nada. Sólo pensaba en la cena con Marco Vittorio, y sus dos tes en el apellido.

Mamen era..., una bendita. Compañera ideal, buena trabajadora, complaciente, 43 años, soltera y sola en la vida..., porque no había tenido suerte. Siempre decía que tenía que perder algún que otro kilo de más, pero su trabajo de cocinera..., pues que no acompañaba a sus buenos propósitos. Y de agraciada..., lo justo. Tampoco es que se esmerase demasiado en estar atractiva, porque carecía de ese instinto. Desgraciadamente, ser sólo bella por dentro como en su caso, no era suficiente en este mundo.

Había probado, por mimetismo con sus amigas, a tener novio, aunque pronto se dio cuenta de que no eran los hombres quienes le gustaban. Así que aceptó a hurtadillas que lo suyo eran, las chicas. Pero la vida en un pueblo pequeño donde todos se conocían, no permitía las variaciones que

se salían demasiado de lo habitual y era casi imposible, además, conocer a otra media naranja cuyos gajos les coincidieran. Y se marchó a Madrid, a vivir la vida loca con alguna persona que sintiera como ella.

En una ciudad tan grande hay, de todo. Menos una vida fácil y sin complicaciones. Trabajó en mil sitios, frecuentó ambientes, conoció chicas..., pero no a su chica. Y el poco dinero que ganaba, nunca le llegaba para pagarse la habitación que tenía alquilada, junto con los demás gastos que la vida en Madrid le exigía. Mamen buscaba el amor de su vida, pero sólo encontró algo de sexo despendolado. Eventualmente, y para ayudar a su economía de desastre, se prostituyó para parejas fantasiosas pero, ni ellas encontraban lo que buscaban, ni Mamen podía pedir más dinero del que le daban, en un mercado tan competido también por las que lo hacían por hobby.

Así que se volvió para su pueblo y, desde hacía 4 años, trabajaba de cocinera en ese parador.

Desde hacía 4 meses, en que Lucía llegó para iluminar aquél local con sus ojos negros, su acento colombiano, y sus caderas cinceladas con ritmos caribeños, el corazón escorado de Mamen hacia el lado contrario del de todas su conocidas y amigas, se acabó de volcar con esta compañera a la que, aunque sabía que siempre iba a estar fuera de su alcance, nunca le negaba nada, no se le fuera a joder esa pequeñita esperanza que por ella, se reservaba. Así que..., qué remedio, se hizo cargo del parador hasta la hora de cerrar.

Lucía la quería mucho pero, utilizando su sabrosura morena, se aprovechaba un poco de Mamen y de sus sentimientos equivocados hacia ella. A la vez, sentía lástima por su compañera porque era una perdedora nata en esta su vida, que le venía puesta del revés desde que nació. Bueno, ya le compensaría de alguna forma, aunque no fuera como la que Mamen le hacía saber que deseaba, pensaba Lucía mientras el agua se le iba llevando de la piel, la espuma jabonosa. Marco, merecía la pena.

Una vez seca, rebuscó una ropa interior limpia que siempre traía al trabajo, de repuesto, "porque nunca se sabe" que le había enseñado su mamá, desde chica. No era una ropa interior como para hacer un striptease, pero comprobó que no llevaba ni rotos, ni descosidos.

Se volvió a colocar el conjunto de calle que había traído al trabajo, que por ser domingo, siempre elegía algo más especial y, con él puesto, se miró al espejo. El pelo, que sí se lo había lavado por la mañana, le quedaba genial. Cepillar un poco..., y suficiente. Algo de maquillaje dado a galope tendido porque acababan de dar las 10 de la noche..., un poco de rimmel que elevara hasta el 120% el valor de mercado de aquellos dos

ojos y..., c'est voilà: una chica 10, se mirara por donde se mirara.

Una última pequeña maldad antes de salir a escena: se metió en la cocina en busca del primer halago, y le preguntó a Mamen:

"¿Qué..., cómo me ves?". En el fondo, también de ella quería sentirse deseada.

"Preciosa, Lucía, se te va a enamorar, seguro. Qué envidia me da el tío ése, que me parece que ya te está esperando afuera. Lo digo porque es el único que se corresponde a tu descripción. Anda, vete de aquí, antes de que cometa una locura y me denuncies. Pero mañana, me lo tienes que contar todo, sea lo que sea..., ¿eh?", le dijo Mamen poniendo una cara maliciosa.

"Ojalá, amorcito, tenga mucho que contarte. Chao", y Lucía, se despidió, sintiéndose segura con la matrícula de honor que Mamen le acababa de dar.

Marco, al verla, dio un silbido de aprobación a lo que estaba viendo, y Lucía enseñó una sonrisa enorme entre sus labios carnosos. Le brillaban los ojos de felicidad porque veía a ese hombre como magnificado y como si todo en él fuera perfecto. Evidente: era que estaba en la fase 1ª, la del enganche.

"¿De dónde has sacado a este pibón que llevas puesto?", le pregunté con ironía.

"Es que lo ocultaba bajo mi ropa de trabajo. Nada, quitármela, y me aparece la imagen de ir a cenar con hombres apuestos", me contestó Lucía entre irónica y halagada.

"Pues no veo a ninguno. Será que aún no es la hora de que acudan a buscarte", bromeé.

"Es que tú no miras desde fuera de ti, como yo. ¿No me ibas a invitar a cenar en no sé dónde? Porque creo que es hambre, lo que siento. ¿No sientes algo parecido, también?", me preguntó.

"Siento..., hambre, sí, también. Aunque daría cualquier cosa por estar acabando los postres. Vale, sube en el coche y vamos hasta el restaurante, que me han dicho que nos reservan mesa. Está bastante bien, sí, creo que cenaremos a gusto. Oye..., estás muy guapa, ¿lo sabías?", le dije dando un quiebro repentino a la conversación, porque era lo que estaba sintiendo al mirar su cara mientras le hablaba.

"Gracias. Será que me ves con buenos ojos, Papi", dijo Lucía, toda

melosa.

"¿Papi...? No sé si eso es un piropo, o es que me ves muy mayor. Tradúcemelo al español, al de aquí, para salir de dudas", le pedí con una sonrisa de satisfacción.

"Papi es..., Papi. Sí, es un piropo que significa..., el protector, quien te sabe cuidar, con el que te sientes a gusto, el que te envuelve, quien te da calor cuando hace frío, el que..." y sin llegar a dejarle acabar con tanto sinónimo, le corté:

"Para..., para..., para..., que creo que ya lo he entendido. Entonces es que soy... como una especie de pluriempleado que sirvo para todo, ¿no...?", bromeé a cuenta de esa palabra que me exigía mucho, pero para la que creía estar a la altura de lo que ella podría esperar de mí en ese aspecto. Aunque, quizás, demasiado para algo que iba a estar vigente sólo una noche repleta de promesas no declaradas y, tras la cual, cada uno seguiríamos con nuestras vidas. Eso era lo previsto. Pero bueno, que sí, que me gustaría darle lo que me pedía.

Subimos al coche y en poco rato, estábamos ya aparcando en las afueras del restaurante. Se veían más coches que cuando había estado un rato antes reconociendo el terreno y, las mesas, mucho más ocupadas. Sí que había hecho bien en reservar, aunque no imaginara que fuera necesario hacerlo en un domingo por la noche cuando parece que tu humor se ha resignado a que mañana lunes toca volver a empezar a contar, otra vez, los días que aún quedan hasta el fin de semana siguiente.

"Por aquí, Sr. Vittorio, ésta es su mesa. Espero que sea de su agrado", nos dijo el camarero, muy educado. "Tengan, la carta. En cinco minutos paso a tomarles nota", terminó de decirnos.

"Ah, sí, muy bien. ¿Te gusta el sitio éste, Lucía?", le pregunté a ella, antes de que se fuera el camarero.

"Sí, sí, me gusta. Desde aquí..., se ve todo el comedor, gracias", dijo dirigiéndose a él. Y recibida la bendición de Lucía, se retiró para seguir atendiendo a otros clientes.

"¿Estás bien, Lucy?". Y en la pregunta, me salió ese diminutivo que otro momento me hubiera parecido cursi.

"Sí, muy bien, Papi", me contestó como distraída mirando los platos que nos ofrecía la carta. "¿Qué te vas a pedir?, ayúdame un poquito, anda..., porque todo me parece demasiado tentador", y seguía absorta intentando

decidirse.

"Yo..., estas verduras salteadas, y una dorada a la brasa. Y a ti, ¿te apetece algo especial?", le pregunté intrigado por saber cuáles eran sus gustos en una noche así.

"No, Papi..., yo..., ya como demasiadas verduras en mi vida, y pollo, y hamburguesas. Hoy, quiero disfrutar, darle gusto a mi cuerpo, que bastante privaciones pasa en su día a día. De primero..., éste: arroz caldoso con bogavante. Y después, un entrecot de buey marinado, a la plancha, sí", y levantó la vista de la carta, para mirarme fijamente a los ojos y reafirmar que hoy, no habría límites. Hoy quería, disfrutar.

"Ah..., una cosa, Lucía: me gusta mucho que me llames Papi..., pero para otros momentos como los que espero que ocurran. Pero, ahora, en la cena..., en este sitio, quiero decir..., llámame Marco, mejor. ¿Me entiendes? No quiero que me estés recordando, con ese apelativo que siento tan cariñoso y sumiso, lo que andarán imaginando los otros comensales que somos, tú y yo, cuando vean nuestra diferencia de edad. O qué eres tú..., también". No sé qué tono empleé para decirle esto, pero se quedó en silencio y sólo respondió:

"Okey, Marco. Pero yo, sí que quiero que me sigas llamando, Lucy".

"Muy bien, Lucy. Dentro de un rato, que espero que no sea muy largo, desearé que me llames Papi..., y todas las veces que tú quieras", le aclaré sonriendo para que se relajara.

El camarero se pasó a tomar nota de lo que iban a cenar, recogió las cartas y trajo la botella de vino tinto que Marco había pedido, porque Lucía había delegado la elección del tipo de bebida, ya que ella solía acompañar sus comidas sólo con Coca-Cola. Hoy, haría una excepción, y bebería vino. También, deseaba sentir sus efectos, además de su sabor.

Al poco, les trajeron el primer plato y los dos comentaron, al probarlos, que habían acertado eligiendo cada uno el suyo. Hicieron un brindis con una profunda mirada mutua al interior de cada uno, para ver qué se podían encontrar bajo de la línea de flotación de sus ojos, y se desearon "buen provecho".

"Bueno, Lucy... ¿cuándo me vas a comenzar a adivinar? Es que tengo curiosidad por cómo me ves desde tu posición. Lo admito todo, con tal de que seas sincera", le dije ya, intrigado. Estaba claro que iba a sacar algo más que un aprobado estando ella y yo, allí, juntos, disfrutando de esa cena... y lo que surgiera, como un daño colateral de la misma.

"Vale, vamos a ver qué tal se me dan mis dotes deductivas. Lo de la edad y nombre, ya me lo has dicho. La profesión. Yo creo que eres..., un

ejecutivo de alguna empresa importante. Hoy en día, nadie va vestido tan elegante para ser un domingo. Y tiene que ser una empresa en la que se trabaje todos los días. No sé..., quizás..., una aerolínea". Lucía sonreía ahora, al ver que yo ponía cara de sorpresa, como de que ella hubiera acertado el pleno al 15.

"¿Qué más? Bueno..., pero ve comiendo también, no se te vaya a enfriar el arroz caldoso, ése", le dije, sin salir de mi asombro.

"Estás casado..., estás bien con ella..., sólo que aprovechas las oportunidades que te brinda la vida. Hijos..., me haces dudar. Apuesto por dos: un chico y una chica. Él es el mayor y está casado desde hace poco. Tu hija, tiene novio, pero sigue estudiando su carrera y no quiere saber nada de bodas.

Tu trabajo es estresante, nunca sabes cuándo llegas a casa porque te surgen "cosas" cuando menos te lo esperas, incluso en el trabajo, así que como gozas de bastante libertad..., pues necesitas tus momentos de esparcimiento. Como éste, por ejemplo. ¿Qué tal voy?", me preguntó al final.

"Como novelista..., no tendrías precio", le dije sonriendo. "Pero tienes buena psicología y, claro, tampoco te has tirado hacia las vidas muy fuera de punto, como... buceador recolector de perlas, por ejemplo. Y buena vista. Porque lo de que mi empresa es una aerolínea..., supongo que es por la insignia ésta de "Lufthansa" que llevo en la solapa. Así..., cualquiera acierta, no te jode.

Tengo que reconocer que te has acercado mucho a mi vida, sobre todo, en lo de que no pierdo una oportunidad a poco que me dejen. Y lo de la aerolínea, aunque haya sido con truco, también lo has acertado. Y que estoy casado, lo de los dos hijos, y hasta lo de que el mayor está casado, aunque sea sólo desde hace medio año..., también. Mi hija, porque tengo hija, no estudia ninguna carrera como te ha salido en la tirada, sino que está trabajando porque lo de estudiar..., no era lo suyo.

Soy ejecutivo de "Lufthansa", sí, qué cabrona, y tengo un enorme estrés que se me mejora cuando conozco a alguna mujer guapa e inteligente. Bueno, en realidad..., unas son guapas y otras..., no tanto.

¿Sabes? La belleza..., la belleza no es lo que más me atrae de una mujer, no. Lo que más me atrae y me pone, es..., su inteligencia. Por eso me gustan casi todas las mujeres. Lo que pasa es que la belleza se ve de lejos y, la inteligencia..., pues que hay que acercarse un poco para ver de qué tipo es. Aunque yo, a ésa..., siempre la doy por supuesta.

Pero en tu caso, hago una excepción, y voy a poner a la par lo que eres por fuera, y lo de por dentro. Aunque vaya fluctuando la cotización de tu

belleza y de tu inteligencia, según el momento. ¡Uff..., niña, qué calor me está entrando! ¿Falta mucho para que acabemos de cenar y nos vayamos?", le dije, porque su sonrisa irónica y malévola, me estaba sacando de quicio. Y tenía claro que ella estaba explotando todos sus recursos de mujer, para anular mi capacidad de razonar con cordura. Si estaba sintiendo lo mismo que yo, lo disimulaba muy bien y me estaba llevando, con cada capotazo de sus sonrisas, al terreno de la plaza en donde me daría la estocada final. Joder..., pero qué muerte más dulce la imaginada por mí, en esos momentos.

"Bueno, Lucy..., cuéntame algo más de ti, que sé muy poquito", le dije para relajarme porque aún faltaba mucho para salir de allí, y no tenía claro qué podría pasar después y pudiera estar confundiendo mi enorme deseo por ella, con la realidad.

Ahora, Lucía, saboreaba el primer bocado de su entrecot de buey que debía estar muy tierno, porque el cuchillo se deslizaba sin esfuerzo, al trocearlo.

"Ummm..., buenísimo, Marco. No sé si tu dorada va a resistir una comparación con esta carne", dijo. Tragó ese primer trozo, bebió un poco de vino, y me preguntó:

"A ver..., ¿qué quieres saber de mí?".

"Pues..., no sé..., quién eres, qué haces con la parte de tu vida que no está dentro del parador, cómo llegaste hasta aquí, y bueno, y a qué vas a dedicar el tiempo libre, cuando acabemos de cenar", le aclaré.

"Pues, respecto a lo del luego de aquí..., ¿qué querías que hiciéramos?", sonrió maliciosa.

"En lo que respecta a ti..., que me llames Papi, muchas veces", le contesté mirándola fijamente a los ojos.

"Papi- Papi- Papi- Papi- Pap...", y cortó cuando se echó a reír con su propia gracia.

"Más o menos. Ahora que ya tienes memorizado el texto, retenlo porque te enseñaré luego a recitarlo con un poquito de más de pasión entrecortada, entre cada uno de esos Papis. Aunque me parece que tengo poco que enseñarte en eso, si no me equivoco", ironicé.

"Bueno, como querías conocerme un poco más, pues te cuento: soy de Colombia, de un pueblito pequeño que no figura ni en los mapas. Con 16 años y para poder salir adelante, me fui a vivir con mi hermana que residía en Bogotá, que estaba casada y tenía cinco niños pequeños, contando al marido. Era ella la que trabajaba, y mi cuñado se encargaba

sólo de no hacer nada en casa, cuando no estaba en la cantina. Bueno, lo que aquí se dice bar. Y como solía volver poco sobrio, a la tercera vez que quiso forzarme, me largué de casa.

Anduve trabajando en esto y aquello, hasta que en una noche de parranda, me quedé embarazada. Allí no había futuro para mí y, menos, para la que hoy es mi hija. Así que como tenía a una amiga en España y me dijo que se conseguía trabajo fácilmente cuidando ancianos, para aquí que nos vinimos las dos. Y bueno, estuve con dos o tres familiar distintas atendiendo a viejecitos con sus cabecitas nubladas pero..., me duraban poco, así que comprendí que no iban a ser nunca, trabajos estables. Lo de mal pagados, lo aprendí el primer día.

Y desde entonces, he trabajado en la hostelería. De momento, aquí, cobro todos los meses. Pero es una vida a la que no veo futuro. ¿Las grandes ciudades? Un imposible. Aguanto más por Iris, mi hija, que está bien en San Martín, mientras no cierren la escuela. Pero cada vez, van quedando menos niños porque los matrimonios jóvenes acaban yéndose.

Y una, también termina cansándose de esta vida mía en soledad, sin alguien con quien compartir presente y futuro. Y tampoco quiero resignarme a unir mi vida a quienes, sin ningún estilo, me ofrecen un puesto de amante para que les alegre sus tristes existencias. Ya ves, qué juerga de Lucy tienes delante. De modo que cuando te vi, enseguida noté que estaba tratando con alguien distinto a los que me suelen rodear. Y no pido tanto: sólo, ser deseada con respeto. Así que para nada quería perderme una conversación interesante, una rica cena y, si me lo permites..., poder llamarte Papi hasta el amanecer. Cómo necesito un poquitico de afecto..., y sin olor a coñac, por Dios. Bueno, tanto rato..., no, que tendré que madrugar para limpiar el parador. Igual, con un poco de suerte, Mamen, mi compañera, pobre, igual me lo ha dejado todo niquelado ya, para demostrarme lo que me quiere. Vaya dos triunfadoras que nos hemos juntado en esa mierda de bar de carretera que parece el decorado malo de una película de moros y cristianos".

"¿Han terminado ya?: lo pregunto por traerles los postres. Tenemos una tarta "tres chocolates", que está muy buena. Se lo tendría que decir de todas maneras, pero es verdad que lo está", dijo el camarero creyéndose su ofrecimiento. Nos miramos los dos, asentimos con la resignación de quien sabe que no va a encontrar nada mejor, y le dije que nos trajera una para cada uno.

La verdad es que la interrupción obligada para aclarar lo de los postres, nos vino bien porque la historia de la vida de Lucía, estaba llevando la velada hacia la zona triste que separaba su vida de la mía, y en la que no queríamos participar esa noche, ninguno de los dos.

Ella buscaba un afecto que sabía fugaz, aunque lo imaginaba de calidad y, yo, un cuerpo joven, deseoso y deseable, sobre el que nadar haciendo volutas, durante mucho rato.

"Las tartas. Espero no defraudarles. La capa exterior es..., chocolate negro y amargo. Las otras, con almendras, son de chocolate más dulce. Que las disfruten", nos dijo el camarero antes de irse para ir a buscar los cafés con dos copitas heladas de orujo que aprovechamos a pedirle como colofón a una rica cena, y con las que quebrar cualquier pretensión de ser razonables a partir de que saliéramos de allí. Seguramente..., no nos habrían hecho ninguna falta pero, aún así, toda ayuda sería poca.

Lucía, probó el postre y se deshacía en elogios a la combinación de sabores entre la capa amarga y las dulces. Era feliz en cada uno de los bocados que le daba a aquella tarta. La verdad es que a mí, también me estaba gustando mucho, aunque yo únicamente la veía a ella, esperando que sólo quisiera prolongar estos momentos placenteros, hasta donde nuestros cuerpos aguantaran. ¿Pensaba también ella, en lo mismo? Sus miradas, me decían que sí.

Se acabó el postre, vinieron los cafés. Se acabaron estos y comenzamos a saborear sin aparentes prisas el orujo helado y, con cada sorbitito, un calor sofocante se instalaba en mis mejillas y, a Lucía, le entraban unas risas con cualquier excusa. La veía encantadora contándome todo lo que se le pasaba por la cabeza, tanto, que me le quedé mirando muy fijamente. Ella, paró de hablar y de reír y me preguntó:

"¿Qué pasa, Papi..., qué quieres?", y se puso hermosa para hacerme la pregunta. Sólo me faltó, eso, que me llamara así con toda su femenina mala intención. Perdidas todas mis normas de cortesía y de hablar con dobles intenciones, sólo me salió muy serio:

"Que quiero follar contigo, Lucy. Y lo deseo..., ya". Dudó tres segundos, y me preguntó:

"¿En tu casa, o en la mía?"

"Tendrá que ser en tu casa. Yo, sólo estoy de paso", le dije muy serio.

"¿Volverás más veces?", me preguntó.

"Todo me hace pensar..., que sí. Dame motivos, y me desviaré por esta tu ruta, todos los días que haga falta". No era el orujo, no. Era, ella.

"Vamos, Papi. Haré que vuelvas porque te estaré esperando", dijo cogiendo el bolso y un pañuelo, colgados del respaldo de su silla.

Nos besamos en el coche como poseídos de una urgencia de cronómetro, como si el sol ya estuviera allá, encorriéndonos, al final de esa noche negra que había desdibujado el horizonte, así como el páramo en donde nos encontrábamos. Hasta hicimos un intento de despojarnos de nuestra ropas pero Lucía, más en sus cabales, me pidió que nos fuéramos a su casa y poder disfrutar, allí, de todos los momentos que en el coche nos íbamos a perder.

Frustrado por tener que cambiar el momento ése por otro mejor, arranqué contrariado el coche, rumbo a San Martín del Río, envalentonado por el deseo y los efectos del orujo frío. Lo de carretera de 90 kms./hora, que indicaban las señales como velocidad máxima, me la salté sin miramiento ninguno empujado por las ganas de verme ya en su casa y en su habitación.

El pueblo estaba desconectado a esas horas, y no se veía ni a un alma por la calle. No hacía una temperatura como para que las vecinas de toda la vida, estuvieran en corros, hablando de lo mismo de cada día. Así que nuestra presencia, no fue advertida por nadie. Mejor. Un silencio total, que sólo era roto por el tintineo de las llaves que Lucía no atinaba, con las prisas, el dar con la adecuada que nos permitiera la entrada al Paraíso.

Abrió la puerta, por fin, y la cerramos detrás nuestro.

"Al fin, solos", dije yo imitando irónicamente a los recién casados de antiguamente, cuando se habían librado ya, de los fastos de la boda y de los invitados, y daban comienzo a su luna de miel.

Como si mi frase hubiera sido el pistoletazo de salida para el todo vale, se dispararon de nuevo los besos que se amontonaban en nuestras bocas mientras nuestros brazos no sabían en dónde más fuerte apretarnos el uno contra el otro. Y ya, todo lo deseado llegó como a la carrera y dejé que Lucía me llenara de Papis gozosos, mientras duró la fiesta.

Rendidos sobre la cama, sudorosos, descansamos abrazados, acompañados por el sonido de un reloj de pared, cuyo segundero avanzaba con parsimonia tenaz y constante hacia la hora en que nos tocaría despedirnos.

"¿Qué tal, Lucia, mi amor, mi Lucy guapa?", y me salieron esas dulzonas palabras mientras le acariciaba su cara sudorosa y feliz. La estaba viendo tan joven y frágil, ahí, echada en su cama, que contrastaba con su imagen en el parador, de mujer luchadora que buscaba una ilusión en su vida.

"Muy bien, Papi..., muy bien. ¿Qué hora es..., ya te tienes que

marchar?", me preguntó.

"Ya hace rato que debería haber llegado a mi casa, ya me buscaré una excusa que contarle a ella. Está acostumbrada a que no tengo hora de llegada. Seguro que dormirá plácidamente. Pero sí: yo, debería marcharme y, tú, intentar dormir un poco si tienes que madrugar, porque van a dar las dos y si tienes que abrir a las siete con todo recogido...", le dije a pesar de que no tenía ninguna gana de dejarla, para seguir sintiendo su cuerpo junto al mío.

Lucía, se incorporó para coger el móvil y comprobar por sí misma de cuánto tiempo disponía para dormir, y vio que tenía un whatsapp de Mamen de hacía dos horas, y lo abrió.

"Amorcito, disfruta de tu noche y no te preocupes por la limpieza, que ya he dejado todo recogido. Me debes, otra". Lucía, esbozó una sonrisa triste al leerlo, porque nunca podría pagarle a su compañera, todas las que le debía. Y le daba pena.

"¿Qué pasa?", le preguntó Marco al ver que Lucía se quedó callada tras leerlo.

"No, nada, que no hace falta que madrugue más de la cuenta porque Mamen, mi compañera, ya me lo ha dejado todo limpio. Qué buena que es".

"Qué bien, así podrás dormir un poquito más. Pero yo, sí que me tengo que ir", le dije. No era muy prudente ponerme a conducir en esos momentos..., pero tampoco me podía quedar más tiempo.

"¿Cuando volverás?", me preguntó ella, reteniendo mi cuerpo sobre el suyo como para que me quedara un poco más. O para que no me fuera.

"Supongo..., que en 20 días, o un mes. Nunca lo puedo saber con seguridad. Depende de los incidentes que tengamos que resolver. Pero volveré a verte. Aunque para poder volver..., primero me tendrías que dejar marchar, ¿no te parece?", y sonreí al hacerle la pregunta, tras la que aflojó su abrazo. Yo, sabía que iba a volver, que volvería a la primera oportunidad que tuviera porque esta mujer me merecía la pena.

Y Lucía, resignada, me soltó del todo. Pero me volvió a sujetar por el alma cuando vi que sus ojos negros se le ponían brillantes de tristeza porque su sueño conmigo, se le acabara. Y porque aunque lo volviéramos a repetir más veces, este sueño sería, tarde o temprano..., hombre muerto.

Y ya, después de todas las sinceras promesas por mi parte, de que volvería, y de las de ella, porque me esperaría, nos despedimos

saltándonos los deseos que se revivían, amenazándonos con no dejar que nos separáramos.

En el coche, ya, iba repasando mentalmente los días que probablemente faltaban para el siguiente viaje en que me tocaría volver por esta ruta, o las posibilidades de que sin ninguna necesidad laboral, viniera sólo por ver a Lucía y repetir una noche como la vivida.

.....

Cómo vuela el tiempo. Han pasado tres años desde la primera vez que vi a Lucía en el parador y, no sé si es la expresión más correcta, me enamoré de ella. Y ella, de mí.

Volví varias veces por una razón u otra a aquél parador equivocado de época, y, en cada encuentro, recuperábamos el tiempo perdido desde la vez anterior, renovábamos promesas e intenciones, y hacíamos el amor con más hambre de cuerpos.

Y entre un encuentro y el siguiente, rellenábamos los días con correos, whatsapps, y llamadas telefónicas. Éramos como dos amantes perfectos a los que la rutina no podía matar. Más bien, tras cada ausencia prolongada, nos abría más el apetito y nos hacía contar los días que faltaban para volvernos a encontrar.

Pero mi trabajo, que nos permitió conocernos, también fue el que mató nuestra relación. El área que yo debía atender, me la cambiaron cuando me ofrecieron otra más importante y en dirección contraria a la anterior, así que mis viajes ya no discurrían por la misma carretera. Y, poco a poco, los encuentros se fueron espaciando hasta no ser nada, dejándome a Lucía como un bello recuerdo del pasado.

Sé que ella está bien, y que sigue en su parador donde va conociendo a otra gente nueva. Quién sabe, igual algún día encuentra a otro hombre que pueda darle cumplido, su sueño. Mamen, continúa en sus trece sin esperanza pero sin molestar, haciéndoselo saber sólo con favores. Ya, sí que ha perdido la cuenta de cuántas le debe Lucía.

E Iris, su hija, se está haciendo una bella mujercita de 11 años, por culpa de los genes heredados de su madre. Y, como me dice Lucy, toda orgullosa, "me saca muy buenas notas". Bueno, pues eso..., que le saca buenas notas su hija. Ay..., Lucy..., Lucy...

Sé que con mi edad, no debería de ser así pero, no os riáis...: no la olvido.

"Nadie tiene seguro de vida que cubra los sueños, aunque sé que en la calle de al lado se vuelven eternos. A la corte del Rey Baltasar le he pedido un deseo: por vivirla contigo hipoteco mi trozo de cielo".

("Mi trozo de cielo", Rosana, 2011)

**F I N**